

El viaje de transformación Raymond L. Fox

Algo para reflexionar, comentar, y hasta practicar en su viaje



Unidad de adentro hacia afuera

En el ensayo anterior, consideramos el peligro de estar contentos con la fachada de unidad en la iglesia de Jesús, satisfaciéndonos con solo reunirnos para realizar las mismas actividades juntos en la adoración e incluso cantar en perfecta armonía mientras que nuestros corazones están divididos por el egoísmo, la impaciencia y los prejuicios. Cultivar una unidad genuina entre los miembros de la familia de Dios comienza conforme todos comprometemos nuestros corazones para convertirnos en hijos que reflejan a nuestro Padre.

Nuestro compromiso individual de reflejar la compasión, paciencia, e indulgencia de nuestro Padre nos llevan a estar en sintonía con los deseos de su corazón. Nuestra transformación es el deseo de su Espíritu: "Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu" (2 Corintios 3:18). Cuando enfocamos nuestras vidas en practicar el fruto del Espíritu, como el amor, gozo, paz y paciencia, caminamos en armonía con su Espíritu y tenemos nuestra mente fijada en lo que el Espíritu desea (Gálatas 5:22-25; Romanos 8:5).

Como cada corazón está fijado en el deseo del corazón del Padre y está aprendiendo a practicar el amor hacia otros, incluyendo a los que no han llegado a conocerlo, los miembros de la familia del Padre alcanzan lo que Pablo describe como "la unidad del Espíritu"—*del* Espíritu porque viene de vivir en armonía con el Espíritu. En contraste con la fachada de unidad, la unidad del Espíritu es de adentro hacia afuera, manifestándose al ser "siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor" (Efesios 4:2-3).

Si podemos imaginar cuánta atención le prestamos a entrenar las voces para cantar en armonía, quizás tengamos una idea de cuán difícil es entrenar a nuestros corazones a practicar la unidad del Espíritu en el cuerpo de Cristo. Aquí hay algunas estrategias necesarias para alcanzar esta meta preciosa:

La transformación como esfuerzo grupal. Aunque somos responsables individualmente de vivir a la imagen del Padre, nos necesitamos en el cuerpo para aconsejarnos, animarnos y enseñarnos. Comprendemos que no podemos vernos como nos ven los demás, y no tenemos el mismo nivel de experiencia. Por esta razón, el escritor de Hebreos aconseja a sus lectores a ayudarse entre sí para poder madurar como hijos del Padre: "Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras" (Hebreos 10:24).

Transparencia y libertad para ser vulnerables. Podemos ayudarnos de manera más efectiva a practicar la imagen del Padre cuando nos sentimos seguros para ser lo suficientemente transparentes y vulnerables como para reconocer nuestras debilidades sin miedo a ser juzgados o rechazados. Pablo proveyó un consejo práctico para poder crear una atmósfera de confianza: "Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado" (Gálatas 6:1). Si alguien está teniendo problemas con la ira, envidia, o amargura, los grupos pequeños y las conversaciones de uno a uno proveen más libertad de transparencia.

Comunicación con gracia. Hacer del cuerpo de Cristo un lugar para refugiarnos de las críticas destructivas y de prejuicios depende de la comunicación con gracia. Mostrar gracia hacia alguien que está batallando por aprender a amar significa dar los regalos de la compasión, paciencia, y perdón expresados con el lenguaje de la amabilidad y benignidad. Pablo aconseja a los cristianos "que su conversación sea siempre amena y de buen gusto. Así sabrán cómo responder a cada uno" (Colosenses 4:6).

Metas desafiantes. Cuando los miembros del cuerpo no temen cometer errores porque saben que sus hermanos y hermanas los perdonarán, tienen la confianza de afrontar momentos desafiantes para practicar el amor incondicional que ejemplificó Jesús. Santiago escribió, "Ya saben que la prueba de su fe produce constancia" (Santiago 1:3). Este principio es verdadero con respecto a la fe que necesitamos para continuar amando incluso a quienes no nos aman.

Celebrar su gozo. No debemos olvidarnos de celebrar juntos en el cuerpo de Cristo cuando uno de nuestros compañeros experimenta un momento en que se sobrepone a un desafío y ama como lo hace el Padre. De esta manera el gozo del cuerpo de Cristo es también el gozo del Espíritu (Romanos 14:17) quien se regocija con nosotros mientras aprendemos a amar.

No se conforme con la fachada de unidad; es insignificante comparada con la unidad del Espíritu que comienza dentro de nuestros corazones y se manifiesta en nuestras vidas transformadas como creyentes y en el poder radiante del cuerpo de Cristo para demostrar la belleza del amor del Padre.

Sobre el autor

Raymond L. Fox cuenta con una trayectoria de cuarenta y cinco años enseñando sobre la transformación a la imagen de Jesús en los Estados Unidos y en el extranjero. Es consejero de adolescentes en los centros de detención para menores y cuenta con títulos en filosofía y en educación.

Traducción por Alejandra Castro.



Connectar: Raymondleefox222@gmail.com